

EL CROCODILO.

El crocodilo es el mayor, el mas voraz, y el mas fuerte de los lagartos. Criase en ambos continentes bajo la misma latitud, y habita solo las regiones cálidas de Asia, Africa y América. Su color es ceniciento con manchas ó bandas oscuras, transversales y ondeadas. Hay crocodilos que tienen mas de veinte pies de estension desde el hocico hasta la estreñidad de la cola. No puede este animal permanecer sino algunos minutos debajo del agua sin respirar, al nadar descubre solo la parte superior de la cabeza y algo del lomo, y parece un tronco de árbol flotante. En esta actitud que le deja libre el uso de los ojos, divisa perfectamente cualquier objeto en ambas orillas del rio, y cuando percibe cualquier animal que entra en el agua para beber, se zambulle, y dirigiéndose á él con preseteza, le ase de las piernas y lo arrastra al medio de la corriente para devorarlo despues de haberlo ahogado. El hombre mismo, si no precave los ardidés y voracidad de este terrible enemigo, suele á veces ser su víctima. El color y la forma prolongada del crocodilo, son muy análogos y favorables á su índole sagaz y artificiosa, pues si en el agua parece un tronco flotante, se le tomaria en tierra por un leño cubierto de musgo ó légamo. Sin embargo de estas ventajas se vé con frecuencia coartada su glotonería por su poca agilidad y lo difícil que le es moverse de otro modo que en línea recta. Por esta razon le acontece con frecuencia el verse privado de alimento, y tener que tragar piedras y pedazos de madera para evitar que se contraigan sus intestinos vacíos. Los negros comen la carne del crocodilo, pero el fuerte olor á almizcle que exhala, desagrada á los que no están acostumbrados.

La hembra pone cincuenta ó sesenta huevos á la vez, y los deposita sobre la arena á la orilla de los rios y lagos. Estos huevos que contienen el embrión de un animal monstruoso por su tamaño, no son sin embargo mayores que los de una gallina de indias. El crocodilo despues de cubrirlos con un poco de arena, los abandona al

calor del sol que los fructifica. Apenas nacen los hijuelos corren al agua á buscarse por si mismos su alimento; pero muchos de ellos son entonces presa de pescados voraces, y aun de los crocodilos mayores.

Los principales enemigos del crocodilo son el hipópótamo que le hace una guerra continua; el ichnéumon que devora sus huevos; los negros que los buscan para romperlos y extirpar la progenie destructora; los monos que imitan á los negros; y en el rio Misisipi el tiburón y la gran tortuga que con su pico de papagayo le corta las piernas. El crocodilo de América se llama *Caiman*.

La pesca del crocodilo ofrece pormenores singulares. La estación mas favorable para efectuarla es el invierno cuando el animal duerme en los bancos de arena para disfrutar del sol, ó durante la primavera cuando la hembra permanece sobre el islote de arena donde ha depositado sus huevos. El pescador espía el paraje, y á la parte del sur abre un agujero, amontonando la arena hacia el punto por donde espera el crocodilo y allí se oculta: si el crocodilo no lo nota, se situa en el paraje acostumbrado, y muy luego queda profundamente dormido. Arroja entonces el pescador su arpon con la mayor fuerza posible; para que el golpe sea efectivo, el hierro debe penetrar por lo menos cuatro pulgadas en el cuerpo del animal, á fin de que la lengüeta quede fuertemente agarrada. El crocodilo sintiéndose herido se sumerge en el agua, y el pescador acude á su canoa con la cual acude un compañero á auxiliarle. Un pedazo de madera ó boya sujeta al arpon con una cuerda larga, indica la dirección que ha tomado el crocodilo. Los pescadores tirando de esta cuerda, traen el crocodilo á la superficie, donde muy luego recibe una nueva y profunda herida.

La destreza en esta clase de pesca consiste en lanzar el arpon con suficiente fuerza para atravesar la cota de malla que cubre y protege el cuerpo del crocodilo, el cual no permanece inerte despues de recibir la herida, sino que da golpes violentos con la cola, y procura romper con

los dientes la cuerda que lo sostiene. Con bastante frecuencia rompen los arpones, en fuerza del empuje, por el cuerpo del animal que escapa entonces. A no haberlo visto yo mismo jamás hubiera creído que dos hombres solos pudiesen sacar del agua un crocodilo de catorce ó mas pies de largo, atarle el hocico, sujetarle las piernas sobre el lomo, y finalmente matarlo usando un instrumento constante por el cuello y dividiendo el nervio espinal. El hierro del arpon que usan los pescadores tiene un palmo de largo. Hacia la punta tiene como el cortaplumas un solo lado cortante, é inmediatamente despues una fuerte lengüeta; en el extremo opuesto proyecta una pieza de hierro ó anillo al cual va atada la cuerda, colocado todo sobre un mango ó asta de ocho pies de longitud.

Los Bereberes comen tambien la carne y el sebo del crocodilo considerándolo como un sabroso manjar, á pesar del fuerte y desagradable olor que tiene. Las cuatro glándulas de almizcle del crocodilo forman una parte considerable del producto que rinde su captura, pues los Bereberes dan hasta dos duras en especie por ellas, usando la sustancia que contienen como una pomada aromática para el cabello.

Cuando Herodoto estuvo en Egipto unos 450 años antes de la era cristiana, el modo mas usual de hacer prisionero este formidable reptil era el siguiente:

“Hay varios modos de coger crocodillos en el Egipto, pero entre ellos este me parece el mas digno de atencion. Clava el pescador un lomo de cerdo en un anzuelo grande, por via de cebo, y lo mete en el rio. Siéntase en la ribera con un cochinito á quien tira de las orejas para hacerle chillar. El crocodilo atraído por los chillidos se dirige hácia el punto donde suenan, y hallando el anzuelo con el cebo, lo traga inmediatamente. Empiezan á tirar los pescadores, y así que lo sacan á tierra la primera operacion es cubrirle los ojos con barro: si se consigue esto no hay ya dificultad en manejar al animal, de lo contrario suele dar mucho que hacer (1).

Son muy curiosos los diferentes modos que tenian de tratar á este monstruo en varios puntos del antiguo Egipto; sin que sea fácil penetrar el origen de aquellas costumbres. Hacia el sur, cerca de las cataratas, servia el crocodilo de alimento, pero solo á una raza particular, como sucede hoy en Dóngola. En otras partes, como en Tebas y cerca del grande Lago Moeris (hoy Keroun), era moda el tener un crocodilo domesticado al que cuidaban con esmero prestándole una atencion respetuosa. “Adornan sus orejas” dice Herodoto “con pendientes de vidrio y de oro, y rodean sus piernas con vistosos braceletes. Les suministran racion diaria de pan y carne, y los atienden con el mayor esmero durante su vida. Despues de muertos, los embalsaman depositándolos en sepuleros consagrados.” Felizmente para la reputacion de Herodoto, se ha descubierto la momia de un crocodilo que tenia efectivamente perforadas las orejas, y en ellas señales de haber llevado pendientes. Menciona particularmente este hecho Mr. Geoffroy de Saint Hilaire (2).

Strabo refiere una anecdota singular de un crocodilo que vió al visitar el Egipto, unos 400 años despues de la permanencia de Herodoto en aquel pais. “En este distrito” dice, “es muy venerado el crocodilo, y hay uno con especialidad que vive por sí solo en el lago, y está muy domesticado particularmente con los sacerdotes. Dánle el nombre de *Suchas*, y se mantiene de pan, carne y vino que recibe de mano de los forasteros que vienen á visitarle. Nuestro huésped, que era persona de importancia en el pais, nos acompañó hasta el lago, provisto de un pastelillo, un pedazo de carne asada y una copa llena de un

licor dulce. Hallamos al crocodilo tendido á la orilla del lago. Acercáronse á él los sacerdotes, y mientras uno de ellos le abria la boca, otro introdujo en ella primero el pastel, luego la carne y por último el licor. El crocodilo despues de este banquete, dió un salto, se metió en el lago, y pasó nadando á la orilla opuesta (3).

PANORAMA MATRITENSE.

MI CALLE.

“Yo, Tula, en despedirte,
y tú en que me has de querer,
ligositas has de ser.”
TOLSTIAS.

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada hácia la observacion de las costumbres para pretender seguir escribiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. Si la primer circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad impassible del original ¿cómo pretender alcanzar aquella cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y á cada momento; y ora rie, y charla y se envanece haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y esconde como para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento sorprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que gira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aquí no voy á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos sucederse en nosotros; mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier* “Pasajero en el navío no pretendo gobernar al piloto.” Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido é indeciso, y bajo este aspecto entra en la jurisdiccion del curioso el considerarle, no ya en los profundos y camaráñados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédese para espíritus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cordedad me limita á los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido á este estrecho recinto, apenas llegan á mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos, ni los señores periodistas de todos los colores del iris, ven mi nombre en las listas de sus abonos, ni el cartero sabe las señas de mi habitacion, ni en los cafés hago otra cosa que beber, ni pueden quejarse de mí las tiendas de la calle de la Montera ni las lomas de la Puerta del Sol. Pero en medio de este aislamiento, y cuando las ideas vienen, por decirlo así, á materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correto, y que parece va huyendo de su sombra. Como de paso, y desde el ventanillo de una diligencia, veo sucederse los hombres y las cosas, cual se su-

(1) Herodoto II, p. 70.

(2) Annales du Muséum, vol. IV, p. 336.

(3) Descripción del Egipto, lib. XVII.

ceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan, por la rapidez con que yo vuelo, viene á producirse en mi imaginación un resultado tal de movimiento que apenas acierto á bosquejar en ella ni aun los objetos mas notables.

Así que procediendo por impresiones del momento y sin ningún conocimiento de causa, no es extraño que lleguen á sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que á falta de conocer su objeto, venga á deducir consecuencias que por lo naturalmente simples y materiales pudieran figurar airoosamente en el diccionario de Pero Grullo. Por ejemplo:

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa á derribar edificios, supongo de buena fé que habría sobra de ellos: cuando miro constrañirse anchas aceras y ciñerse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan á amprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion en los trajes me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentacion de los esquinzos de la Puerta del Sol, me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diaphanidad de los nuevos faroles me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas á la malicia, los calesines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle del Avapies, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz, y la fachada del Hospicio, entonces como que prescindo de todo lo demas que vi, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado, aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada día me veo precisado á arrancar hoja á hoja del *Panorama* y del *Manual*.

Vuelvo á repetirlo; el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres indecisas, ni originales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni serias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos aprendidos en el extranjero; este refinamiento de lujo al lado de la mas espantosa miseria; esta inconstancia de ideas que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer y deshacer lo hecho solo porque existe, y ensayarlo todo y todo exagerarlo, y llevar el género clásico-retrogrado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse; y silbar á los unos y á los otros; y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los toros á la ópera italiana, desde la tribuna al sermón, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto á lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente á lo pasado; desde el año 8 al 11 y del 14 al 8, del 23 al 14 y del 35 al 20, del 36 al 12 y del 37 al... sabelo Dios; todas estas vaivones todas estas inconsecuencias, toman forma material, por decirlo así, en nuestras casas, en nuestros trajes, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos en fin mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de Madrid, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado á trasladar el lenguaje de las piedras al lenguaje vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivones, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva, jóven y vieja, con recuerdos y con esperan-

zas, con fanatismo y con filosofía; mezcla en fin de lo de ficado y lo grosero, de las épocas que pasaron y de las que van á suceder.

Puede que haya alguna exageracion poética en este aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapies, de la Montera y del Barquillo, de S. Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar á mis lectores un compendio que bastará á probar *ex ungue leonem*, y por cierto ya que he nombrado *mi calle* no quiero renunciar á trazar este ligero *versivratia*, este prospecto substancial, siquiera parezca impertinente y como traído á mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que gusto acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, á quienes sirve de paso y comunicacion. Con solo salir de una de éstas y dar un paso en la mia, ya se han retrogradado dos siglos; ya se ha constituido el viajero no diremos en el Madrid de los Moros, pero al menos menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras *camino real de Pontejos*, no han penetrado aun en este modesto recinto, ni lo permite su estrechez y torcida direccion, semejante en lo indecisa á la que llevamos en lo que va de siglo; un empedrado menudo vacilante y desigual, forma la base de su sistema; algunas de sus casas aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desasos de estas; unas y otras, empero, por su forma respectiva favorecen ya al esplendor, ya á la miseria de sus habitantes, y de aqui el que los efectos del ya citado contraste se extiendan no tan solo al aspecto físico de las casas, sino tambien á las inclinaciones, usos, y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el orden debido, ó lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de la dicha calle, deteniéndonos segun conviniere en aquellos objetos mas marcados. Por de pronto se nos presenta interrumpida la línea general de las casas, por dos ó tres de ellas que intestan algunos pies mas retiradas que las demas; lo cual sin duda debió originarse de algun plan de desbajo y de mejora de esta calle que existiría en los tiempos antiguos, y que como todos los planes de mejora que se forman en España, fue abandonado despues. Este ligero desnivel, forma lo que en Madrid se llama una plazuela; bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con su rótulo y todo, se escapó á la soléita averiguacion del último corregidor de la villa. VV., señores lectores, querria que yo aquí compulsase el dicho rótulo, aunque no fuera mas que para sacar el avildo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar á la escena; ¿pero no conocen VV. que esto sería demasiada candidez, candidez semejante á la del pintor de Orbaneja, ó á la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo á S. Anton, y á su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: "Este es S. Anton, y este otro es el cochino." Yo en fin no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señas de sus facciones, que aquel que la conozca no pueda menos de exclamar «Esta es.»

Volviendo á la plazuela de su entrada, no hay que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio á un hervador, á un carbonero, y á una cabrería, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del dia, á saber; el carbonero, durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon; operacion atlética en que los robustos asturianos ofrecen gratis un es-

pectáculo no menos prodigioso que el de los Sres. *Darri* y *Manche*; el herrador en lo restante del día usa de la plazuela acomodando bestias de toda especie, y el cabrero al anochecer, como es uso y costumbre en toda egloga, echando á paer las mansas cabrillas no ya *la yerba alfajarada*, sino los pedazos de tachuela, y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdón) sale al paso, y detendría al menos aficionado, sino fuera por otras tres ó cuatro que se disputan con ella el surtido de la calle; pero cuenta, que la que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra; una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal; y que portal! portal-*passage* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes y que se yo cuantas cosas. ¡Feliz situación de establecimiento!

«Si es ó no invención moderna
vive Dios que no lo sé!
pero delicada fue
la invención de *esta* taberna.»

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo general en la acera izquierda; la derecha la ocupan las accesorias de dos establecimientos públicos el uno *financiero*, el otro *artístico*; aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando á conocer en su animación la tendencia y objeto de este siglo *del oro*. Uno y otro á decir la verdad, podrían haberse ido á situar en otra parte, y no venir á oponerse á la propagación de nuestras luces; afortunadamente para el último tercio de la calle ciertas tapias de un convento de monjas favorecen á la claridad del frente, máxime despues que la revolución ha venido á batir las cataratas ó pantallas de los balcones; esto en cuanto á la vista; en cuanto al oído, no nos falta regalo á las vecinos de la tal calle, teniendo á mano la seccion central del diabólico invento de Savatini; mas allá brinda mil placeres al gusto, un establecimiento gastronómico de seis rs. arriba; tres ó cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oído las mas punzantes sensaciones; y por último algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle; lujo é indigencia, clásico y romántico, virtudes y hierro, oro y estiércol; y todo en cuatro pasos como quince dice, y en estos cuatro pasos, que dan VV. todos los días, señores lectores, distraídos ó indiferentes, no habrán hecho alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano y la *pregliera* del principal, ni en la carretela parada á una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Londres, ni en las otras al estilo de Leganés, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas, ni en la elegante romántica de la edad media, ni en la empaseada manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del día, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, en nada en fin de lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos... —¿Su calle de V?— Si, señores lectores, la de VV., la mía; cualquiera de las calles de Madrid; se entiende, del Madrid de 1837.

El curioso parlante.

HABLA, SIN EL AUXILIO DE LA LENGUA.

Por extraordinario que parezca el aserto de que la falta total de la lengua no siempre produce mudismo, la existencia de este fenómeno no admite ya duda alguna, y se halla comprobado con varios ejemplos auténticamente certificados, de personas que aunque privadas de la lengua y aun de la cívula, han conseguido sin embargo hablar, articulando las palabras clara y correctamente. Este es en realidad uno de los innumerables hechos que debien inducirnos á no recusar sin examen aun aquello que á primera vista parece estar en contradicción con la experiencia universal y el sentido comun. Para imprimir pues en nuestros lectores esta importante lección, y por que el hecho es en sí sumamente curioso, extractaremos los hechos siguientes de una obra inglesa sobre medicina que goza de bien merecida reputación.

«Muchas personas hay que refusan dar asenso á esta clase de hechos, por la sola razon de que no han presenciado jamás cosa semejante en su tiempo ó en el país que habitan; obrando en esto como el rey de Siam que trató de fabular el aserto de los embajadores holandeses, cuando le decian estos que los rios de su país se endurecian de tal modo en el invierno que se podía andar y patinar sobre ellos. Los ejemplos son muy numerosos y en algunos casos demasiado auténticos para tratarlos con escepticismo; y lo que deberemos hacer en tal caso es, no negar la evidencia, sino investigar y descubrir si es posible la causa del fenómeno.»

«Centenares de casos pudieran citarse en corroboración de la verdad de este hecho; pero bastarán los que siguen, que citaré de preferencia por haber ocurrido recientemente, y hallarse plenamente autorizados por testimonios que podrán no ser creídos, pero que no es posible disputar.»

«En el tomo tercero de las *Ephemerides Germanicæ* se lee la historia de un niño que á la edad de ocho años perdió el órgano entero de la lengua á consecuencia de una úlcera producida por las viruelas, y que sin embargo continuaba hablando despues de este incidente. Fue este niño presentado al público, pero la novedad y extrañeza del caso suscitó la sospecha de que pudiese haber engaño; por cuya razon el niño y sus adictos recibieron orden de presentarse ante los miembros de la célebre universidad de Saumur reunidos en junta general para este efecto. En presencia de esta ilustre corporación sufrió el niño un severo examen respecto á la pérdida de la lengua y la facultad de articular que sin embargo conservaba. Quedó el hecho certificado, y la universidad dió su testimonio oficial y auténtico, con el fin (segun se expresa en el documento) de que su veracidad no se pusiera en duda en lo sucesivo.»

«En las memorias de la academia de las ciencias de París para el año de 1718, se hace mencion de una niña que habia nacido sin lengua, y que sin embargo aprendió á hablar, y articulaba con la misma facilidad y tan distintamente como hubiera podido hacerlo en el caso de disfrutar el uso completo de este órgano. Refiere el hecho un médico de reputación que lo examinó repetidas veces y con mucha detención, invitando á otros á que hicieran lo mismo.»

«Hará como unos 70 años que nuestro propio país ofreció un ejemplo no menos extraordinario de este fenómeno que sirvió de asunto para varias publicaciones insertas en las transacciones filosóficas (*philosophical transactions*). Es la historia de una jóven llamada Margarita Cutting, que á la edad de cuatro años perdió la lengua, y la cívula á consecuencia de una afección cancerosa, con-

servando sin embargo el habla, la deglución y el gusto sin la menor imperfección, y articulando con la mayor claridad y precisión aun aquellas sílabas que requieren el auxilio de la lengua para su enunciaci3n correcta. Cantaba tambien admirablemente, y pronunciaba sin dificultad las palabras unidas al canto, no siendo posible concebir el uso que hacian los demas de la lengua. Ni podian tampoco los dientes suplir en ella la falta de aquellos 3rganos, por ser pocos en n3mero, y aun estos no sobresaliendo apenas de las enc3as de resultas de la enfermedad que habia destruido la lengua. Fue presentado este hecho 3 la Real Sociedad cient3fica, atestiguado por el cura p3rroco, un m3dico de nota, y otro testigo respetable. Sin embargo la sociedad manifest3 algunas dudas: determin3 proceder 3 un segundo ex3men, 3 cuyo fin nombr3 ella misma personas de su confianza que lo verificasen con arreglo 3 un programa dado de preguntas categoricas. El resultado de esta investigaci3n coincidi3 exactamente con el primer relato, y por 3ltimo para certificar incontestablemente la verdad del hecho, pas3 la j3ven 3 Londres y present3ndose 3 la sociedad desvaneci3 personalmente todo g3nero de duda.

El autor de la relaci3n que antecede conjetura que en estos casos la articulaci3n se efectua por medio de la gl3tis 3 abertura de la laringe, en la cual supone la posibilidad de adquirir esta facultad extraordinaria por medio de una pr3ctica continua.

GOMA EL3STICA.

La sustancia conocida con el nombre de goma el3stica, fue desconocida en Europa hasta principios del siglo 18. Fue por entonces tra3da de la Am3rica meridional como un objeto de curiosidad, apareciendo entre nosotros en figura de botellitas, p3jaros y otras formas convencionales, y nada se sab3a de su naturaleza ni del modo de obtenerla sino que era una sustancia vegetal. Continuaron los europeos en la ignorancia de su origen hasta que una diputaci3n de la academia de ciencias de Par3s pas3 3 la Am3rica del sur en 1735 en un3n con varios s3bios de otros pa3ses, y entre ellos por parte de la Espa3a D. Jorje Juan y D. Antonio de Ulloa, con el objeto de obtener la medida correcta de un grado de meridiano. Estos naturalistas no limitaron sus investigaciones al importante objeto de su misi3n, sino que enriquecieron al mundo cient3fico, certificando varios hechos relativos 3 la historia natural, que hasta entonces permanecieron ocultos y desconocidos. Entre otros la procedencia de la goma el3stica, su naturaleza y el modo de obtenerla, fueron objetos 3 que dirigieron su atenci3n y descubrieron en Esmeraldas, (Brasil) 3rboles llamados por los naturales *heves* que destilan un jugo lactinoso que despues de seco apareci3 ser la goma el3stica. Hallaron igualmente este 3rbol en la Cayena y 3 las orillas del r3o de las Amazonas. Posteriormente se ha descubierto otro 3rbol, tambien en la Am3rica del sur, llamado *jatropha el3stica* que produce asimismo la goma el3stica.

Haciendo en estos 3rboles una incisi3n, destilan un jugo parecido 3 la leche, el cual dej3ndolo secar al aire se espesa y forma una sustancia compacta de color blanco puro, y que no tiene sabor ni olor. Debe su color negro la goma el3stica que usamos al modo de curarla. El m3todo mas usual de verificar esta operaci3n es el siguiente. Sobre unos moldes de tierra gredosa, 3 los cuales se d3 la figura apotecada, se estiende una capa 3 ligera cubierta del jugo 3 goma y se pone 3 secar al humo; despues de seco

vuelve 3 d3rsele otra mano de goma y se deja secar de nuevo, continuando la misma operaci3n hasta obtener el espesor que se desea. Cuando fresca, recibe esta sustancia cualquiera clase de impresi3n que se le haga. Despues de seca, se rompe el molde interior estrayendo los fragmentos por un agujero que se deja siempre con este objeto. La goma el3stica comun consiste pues en numerosas capas de goma pura, mezcladas alternadamente con otras tantas de negro de humo 3 holl3n.

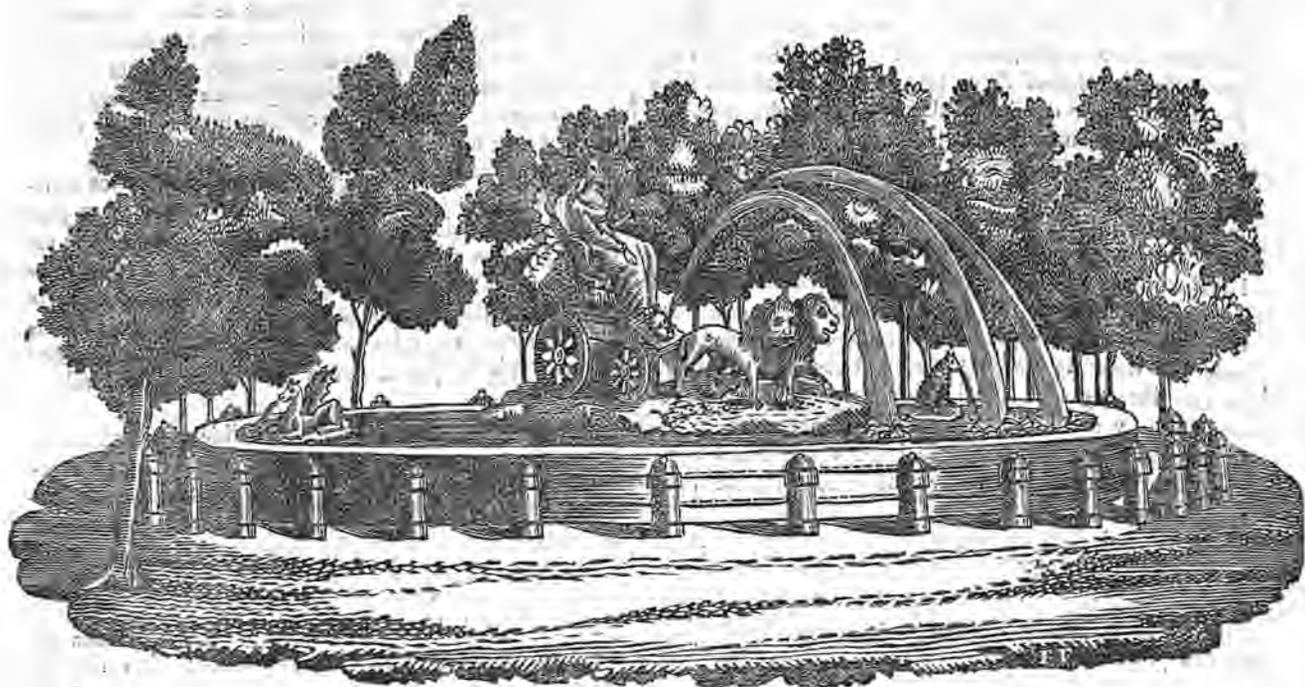
Los naturales de aquellas partes de la Am3rica meridional donde se cr3an los 3rboles citados, aplican su jugo 3 una variedad de usos. Rec3jenlo generalmente en la estaci3n lluviosa porque aunque se d3 en todos tiempos es entonces mas abundante. Hacen con esta sustancia cierta especie de calzado parecido 3 nuestras botas, impenetrable 3 la humedad, y los habitantes de Quito preparan con ella una tela de que se sirven como nosotros del hule y encerados.

La goma el3stica es muy combustible; los americanos hacen con ella teas que arrojan una viv3sima luz, y emiten un olor que no desagrada 3 los que est3n acostumbrados 3 el, pero que no puedea soportar los europeos por su fetidez y trascendencia. Una de estas teas de pulgada y media de diametro y dos pies de largo, arde durante doce horas.

Despues del descubrimiento de la goma el3stica en Am3rica, se ha obtenido un jugo parecido, de varios 3rboles ind3genas del Asia, y que asimismo crecen en las regiones tr3picas. Son estos el *Ficus Indica*, *Artocarpus Integrifolia* y *Urceola el3stica*. El fluido que produce esta 3ltima planta se cura de diferente modo, y constituye los trozos planos de goma el3stica blanca.

Posee esta sustancia algunas propiedades peculiares y muy notables, las cuales desde muy al principio de su introducci3n en Europa, han sido el objeto de incesantes investigaciones por parte de los qu3micos mas eminentes. Es la mas flexible y el3stica de todas las sustancias, y tan tenaz, que no se consigue romperla sin considerable fuerza. Fue siempre el principal deseo de los qu3micos el disolver la goma el3stica sin alterar su esencia y propiedades, de modo que pudiese formarse de nuevo y tomar cualquiera forma con la misma facilidad que cuando se halla en su estado primitivo de fluidez.

Hace algunos a3os que se han descubierto por fin dos solventes para la goma el3stica que despues de evaporados la dejan en su estado de pureza. Desde entonces no tuvo ya limites el n3mero de aplicaciones 3tiles que pueden hacerse de esta sustancia. Un ligero ha3o de esta soluci3n sobre cualquiera tela la hace impenetrable al aire y 3 el agua, al paso que puede doblarse con la misma facilidad que antes de recibir esta preparaci3n. De este modo se han hecho almohadas y aun colchones de viento que provistos de una boquilla con su llave, se llenan de aire cuando se quiere, formando blandas y suaves camas, y descarg3ndose de nuevo se doblan y llevan en el bolsillo. Capas y capotes impregnados en esta sustancia se hacen asimismo impermeables, aument3ndose considerablemente su utilidad. En otro n3mero hablaremos de una invenci3n reciente en la cual se ha hecho una important3sima aplicaci3n de la goma el3stica, y acompa3aremos un grabado del 3rbol que la produce.



(Fuente de la Diosa Cibele.)

LAS FUENTES DEL PRADO.

Una de las muchas circunstancias que realzan al Prado de Madrid entre los principales paseos de Europa, es la variedad y grandeza de sus fuentes, elegantemente ideadas, y distribuidas en él con grande oportunidad é inteligencia.

Todo el mundo sabe que la formación de este magnífico paseo fue obra del inmortal Carlos III, á quien debe la capital tantos y tan principales ornamentos, el cual bajo la influencia del ilustrado conde de Aranda, supo arrostrar las inmensas dificultades que se ofrecían para transformar un terreno inculto, áspero y desigual en un sitio delicioso, elegante y pintoresco; empresa digna del gran Monarca que había sabido arrancar á la oscuridad las ruinas de *Herculano*, y edificado á *Caserta*.

Muchos fueron los proyectos presentados por diversos profesores para la formación de este paseo, pero entre todos ellos mereció la preferencia el trabajado por el capitán de ingenieros D. José Hermosilla, el cual alcanzó á sacar todo el partido posible de la irregularidad del terreno y de los límites que se le señalaron. Pero como no sea por hoy nuestro intento comprender el paseo en general (por haberlo hecho ya en otra ocasión), y debamos limitarnos á tratar únicamente de las fuentes que forman su principal ornamento, diremos que estas fueron ideadas por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez, hombre de tan esquisito gusto que no sin razón es considerado como el restaurador de la arquitectura española.

La primera de dichas fuentes, que se halla colocada frente á la entrada del salón ó paseo principal, es la de la *Diosa Cibele*. Sobre un ancho pila circular, y encima de unas peñas, se mira un elegante carro tirado por dos leones, en el que se halla sentada la estatua de la diosa, con la corona de torres, y las espigas en la ma-

no. Los escultores D. Francisco Gutierrez y D. Roberto Michel, fueron los encargados de la ejecución de este pensamiento, y no puede negarse que lo comprendieron y desempeñaron con gallardía. Es sobremanera elegante el aspecto de la Diosa y muy brioso y natural el de los leones, prestando los demás accesorios tal animación al conjunto que parece que aquel carro va á salvar los límites en que está contenido, y proseguir su carrera triunfal. Sobre todo arrebatan la vista los abundantes y altísimos surtidores que naciendo al pie del carro, forman por cima de los leones una elegante curva y van á derramarse á los últimos extremos del pila.

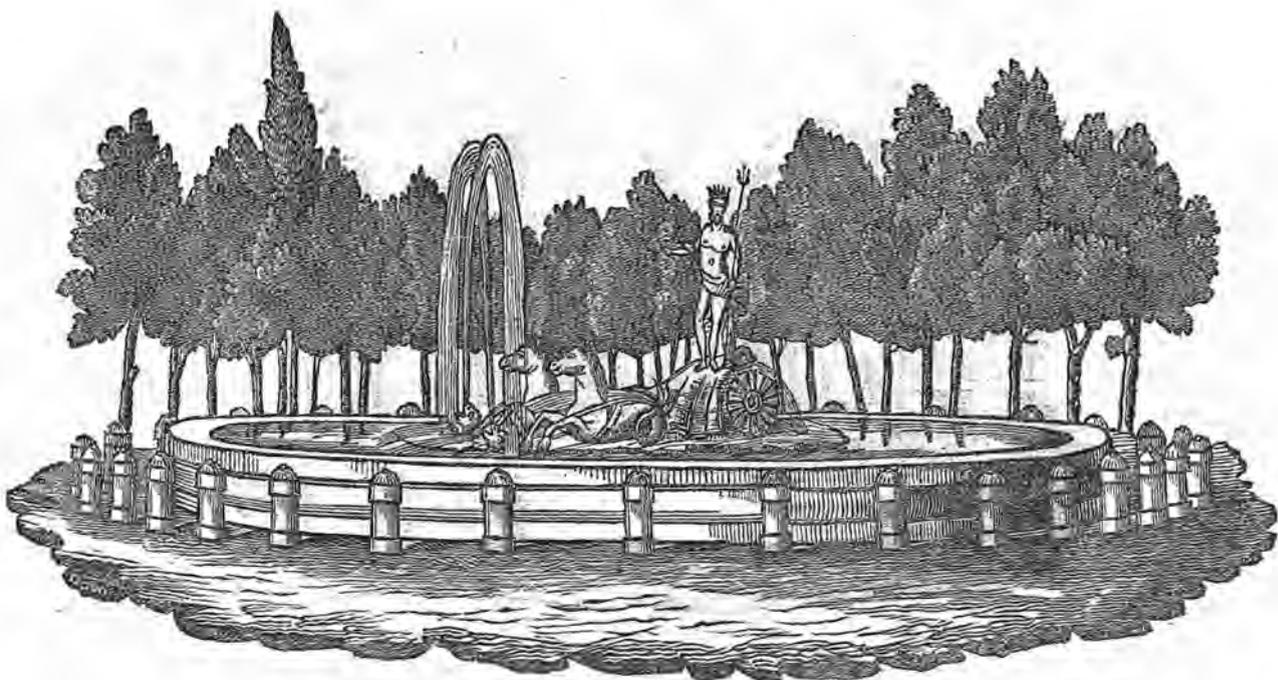
Hacia el medio del salón se halla otra grandiosa fuente, la de *Apolo*; graciosamente ideada hasta en el derrame del agua, que vertiéndose de una en otra taza forma una agradable armonía. La fuente tiene dos caras en que se repite exactamente, y en la parte superior de ellas se ven sentadas á los cuatro vientos otras tantas estatuas que representan las estaciones del año. El célebre D. Manuel Alvarez dejó concluidas estas cuatro estatuas, de una ejecución bellísima sobre todo la que representa al Invierno. El Apolo que corona toda la fuente quedó comenzado por dicho Alvarez; pero estragadas sus formas por los oficiales al devastarlo, no tuvo valor ya en su ancianidad para corregirlo ó arreglarlo al modelo, ni era fácil. A su muerte encargó la Villa esta árdua empresa al acreditado profesor D. Juan Adán; pero este, que había dado pruebas de su saber, en la corte y fuera de ella, no quiso aventurarse á perder la reputación, diciendo: «Si la obra sale buena se dirá es de Alvarez; y los defectos se atribuirán á Adán.» Convidóse por fin á D. Alonso Berga, y este aceptó el encargo pero haciendo modelo nuevo que desempeñó con bastante acierto.



(Fuente de Apolo.)

He aquí la inscripción que debió ponerse en esta fuente, cuyo original existe en el Ayuntamiento, y para la cual se hicieron las letras de bronce. *D. O. M. Regnante Carolo III Hispaniarum Indiarumque Rege católico ex*

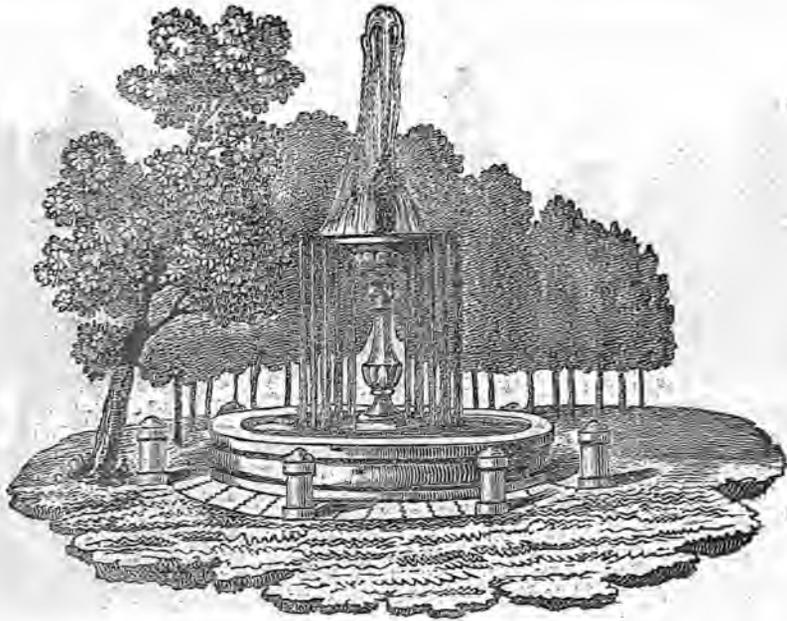
Senatus Consulto Aquas duci fontibusque immitit ad Salubritate Cursus publici arboresque irrigandas... S. P. Q. Madridensis... pecunia conlata curabit D. D. 1780... Bonaventura Rodriguez Architectus urbis opus moderabatur.



(Fuente de Neptuno.)

Al extremo del gran salon y frente á la carrera de S. Gerónimo, está la *fuente de Neptuno*, con un gran pilon circular, en cuyos centros se mira la estatua de aquel Dios, en pie sobre su carro de concha tirado por dos caballos marinos, con focas ó delfines, jugueteando de-

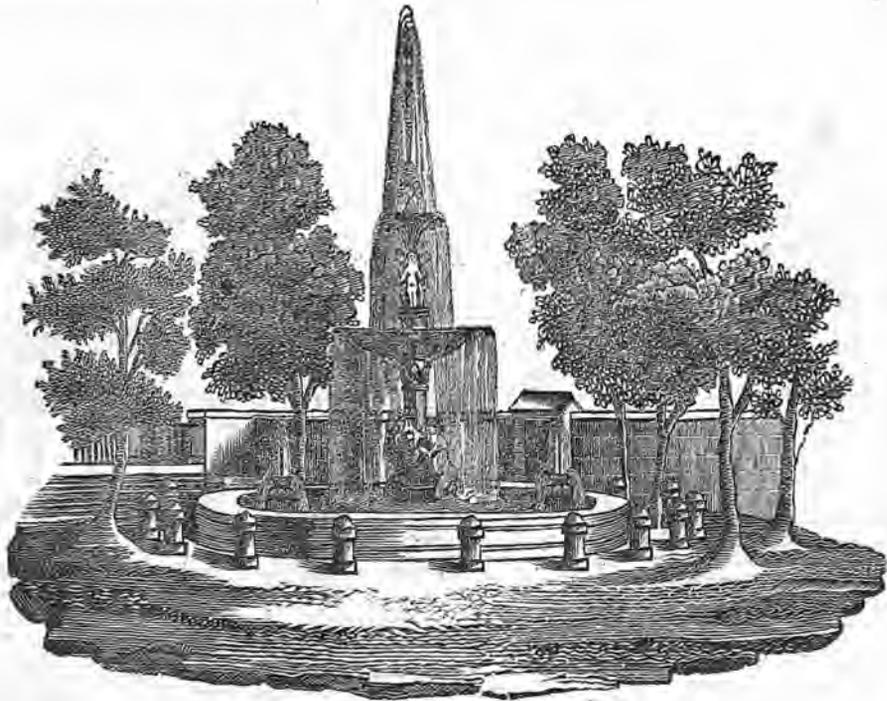
lante; todo muy bien ejecutado, aunque por no haber dado mas altura al pilon ó rebajado mas la base de toda la máquina, ha resultado que el carro, los caballos y delfines ruedan y nadan no en el agua, sino sobre peñas que aparecen descubiertas por cima de ella.



(Las cuatro fuentes.)

En la plazoleta que se forma á la salida de la calle de las Huertas, y entre el Museo y el Jardín botánico, se ven cuatro lindas fuentes iguales entre sí, compuestas de una sola taza sobre la que juegan unos niños con delfines,

á quienes obligan á arrojar por la boca un alto surtidor, cuyo pensamiento aunque impropio está ejecutado con mucha delicadeza.



(La fuente de la Alcachofa.)

Ultimamente enfrente de la puerta de Atocha y entre la calle y paseo de este nombre se encuentra la fuente llamada *de la Alcachofa*, obra de D. Alonso Vergaz; su pensamiento consiste en un triton y una nereida agarrados á la columna sobre que está la taza y la alcachofa que remata la fuente sostenida por unos niños; todo ello de muy buen gusto y bien trabajado.

La abundancia de aguas de que estan dotadas estas fuentes contribuye grandemente á su suntuosidad; pero estas aguas que proceden de un *viage* particular, que

tiene su origen en la esquina del *Pósito*, son demasiado gruesas para beberse, y únicamente es potable, y muy delicada la de los dos surtidores pequeños del pilon de la Cibeles, á que se trasladó la dotacion de la antigua fuente del Piojo, que estaba en la calle de Alcalá, y procede del *viage* de Abroñigal bajo, cuyas aguas son las mas estimadas de Madrid.